

RAMÓN JOFFRÉ, Gabriel. *Las murallas y los callejones. Intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX*. Lima: SIDEA / PROMPERÚ, 1999, 239 pp.

Ganador del premio María Rostworowski, el tema del libro es la ciudad de Lima. Ciertamente, hay diversas formas de acercarse a una ciudad. Tal como explica Richard Kagan en *Imágenes urbanas del mundo hispánico, 1493-1780* (Madrid 1998), se puede estudiar la ciudad ya sea como un ente arquitectónico o como una comunidad. Y esto no es novedad. La idea de la ciudad como construcción humana fue un concepto compartido no sólo por los españoles y europeos en general, sino también por los aztecas, los incas y los criollos americanos. Y, sin duda, según se desprende del trabajo de Ramón, esta aproximación también fue asumida por las nacientes élites hispanoamericanas. Entender la ciudad en este sentido implicaba captar –según Kagan– “la esencia o el alma misma de la ciudad, los valores morales concretos que se pensaban ennoblecían una ciudad y le otorgaban un lugar único en la historia, tanto humana como divina”.

Siguiendo esta línea, Ramón nos ofrece una lectura de la ciudad desde ángulos poco explorados aún –que lindan con el urbanismo vinculado al poder, la arquitectura, la arqueología e, incluso, con la historia de la medicina– y que nos revelan nuevas facetas de la trayectoria de la ciudad de Los Reyes. Así, en este libro podemos encontrar desde un minucioso análisis estadístico del número de callejones y casas con cuartos de vecindad o el trasfondo de la denominación de las calles, hasta un recuento detallado de las políticas implantadas por las entonces “modernas” autoridades sanitarias. El libro está dividido en tres capítulos. El primero presenta un panorama global de la situación de las ciudades hispanoamericanas luego de las guerras de independencia. El segundo analiza el proceso de pérdida y recuperación de los espacios públicos en la ciudad

de Lima por parte de lo que el autor denomina la "elite urbana" (y que abarca temporalmente desde 1821 hasta poco antes de la guerra del Pacífico). Finalmente, el tercer capítulo explora los mecanismos empleados por esta misma elite con el fin de intervenir en los espacios privados, cuyo éxito se plasmaría durante la llamada "reconstrucción nacional". Esto no quiere decir que el autor eluda los primeros siglos de existencia de la ciudad. Por el contrario, Ramón recurre frecuentemente al período virreinal, con lo cual los efectos de los cambios republicanos se presentan más nítidos.

Según Ramón, Lima no escapó a las alteraciones que sufrieron todas las ciudades hispanoamericanas durante el siglo XIX. Después de las guerras de independencia, adquirieron ciertas características comunes, como un elevado índice demográfico frente a una escasa renovación de su infraestructura urbana, proliferación de la miseria, insuficiencia de los servicios, etc. Estos cambios quebraron su ritmo tradicional y, por tanto, la reforma física de las ciudades se presentó como uno de los objetivos básicos de los nuevos regímenes. Según el autor, esto permite concebir la infraestructura urbana como algo más que un mero recipiente social y, por tanto, es posible analizar la "vinculación existente entre las modalidades de intervención en el tejido urbano y los proyectos políticos" (p. 18). De esta manera, Ramón considera que la intervención urbana es una práctica política y un reflejo del concepto de orden que los miembros de la sociedad tenían en ese momento. Asimismo, y ya que los diversos grupos sociales viven la ciudad (y son influenciados por ella) de distintas maneras, la ciudad funciona como un texto a través del cual es posible leer a la sociedad.

Volviendo a la situación de Lima luego de la Independencia, el autor intenta comprender cómo el proyecto de instaurar la república se manifestó en el complejo urbano. Por varias décadas, dice Ramón, la ciudad se mantendrá más como "plaza fuerte" que como centro administrativo. La ruptura del régimen colonial significó la descomposición de la elite urbana, esencialmente por la desaparición de la poderosa burocracia virreinal. Lima, al igual que las demás ciudades americanas, vivió un período de incertidumbre generalizada. El triunfo de

los ejércitos se tradujo, paradójicamente, en una desordenada lucha entre facciones que desembocó en largos enfrentamientos entre caudillos militares.

Obviamente, estos acontecimientos minaron la fuerza de las ciudades como centros de decisión política. Lima fue invadida por elementos provenientes del campo y, en consecuencia, se ruralizó durante el caudillismo. La inquietud del momento no estaba centrada en asuntos de organización estrictamente urbana sino en la definición de los límites del territorio. De modo que la ciudad se encontró con barrios casi despoblados, casas derruidas y jardines abandonados. El abandono de la ciudad se refleja en el hecho de que la obra borbónica del Cementerio General (efectuado en 1808) no solo fue la última realización arquitectónica del virreinato, sino también la única de la primera mitad del siglo XIX.

Según Ramón, ante esta descomposición momentánea de los mecanismos coercitivos coloniales, los subordinados rebasaron los límites que tradicionalmente les habían sido impuestos e inundaron la ciudad con sus hábitos y sus costumbres. Así, este periodo estuvo caracterizado por gobiernos débiles y efímeros, que debían enfrentarse a tres problemas: la plebe local, los bandoleros y los caudillos. Esto quiere decir que la ruina de la aristocracia fue un proceso paralelo al desbordamiento de la plebe en el medio urbano, la cual –calcula el autor– probablemente sobrepasó el cuarenta por ciento de la población.

Sin embargo, Ramón señala un cambio hacia mediados de siglo. Por un lado, el guano, la consolidación de la deuda interna, la subvención de la manumisión esclava y la expansión de la industria algodонера, permitieron la formación de una nueva clase terrateniente comercial. Por el otro, los sectores populares se vieron afectados negativamente por el *boom* guanero. Y esta polarización económica se tradujo en una lucha entre la “cultura plebeya” y la de aquellos que tenían la posibilidad de implantar un proyecto de modernización. Aparecieron entonces los primeros trazos de lo que Ramón llama “la utopía controladora de la elite”, cuyo objetivo central era el control de los subordinados. Ahora los nuevos dueños de la ciudad no podían ocultar su recelo frente a la plebe, masa amorfa a la que

algunos calificaron como “viciosa y desalmada multitud”. La elite tenía un programa modernizante que pretendía recuperar la ciudad e implantar un nuevo orden. Así, la nueva función de la ciudad era la de irradiar civilización y esto, según el autor, significaba acabar con la barahúnda plebeya.

En este periodo, de acuerdo al autor, la ciudad presentaba una particular contraposición: la elite y la multitud todavía estaban confundidas en un mismo territorio, sin mayores distinciones espaciales, de manera que los caserones albergaban a la más heterogénea población, y era posible encontrar recintos ocupados por miserables en pleno centro. Esta persistente mezcla de grupos sociales en el espacio doméstico llevó a los modernizadores a apuntar inicialmente hacia el espacio público, en donde las diferencias eran distinguibles, mientras que la atención a los espacios privados aparecerá décadas después, cuando se comiencen a agravar los problemas derivados del congestionamiento, tales como las epidemias.

Por tanto, el impulso controlador se limitó a definir el uso social de las calles y plazas, y a reglamentar la vida urbana en general. Se inició entonces una batalla por el espacio, para desocupar y rodear de rejas las alamedas, y modificar los sistemas de seguridad. El autor se centra en las modificaciones de la Plaza Mayor. Para ello, nos remite al siglo XVI y a los diversos usos de la plaza durante el período colonial. En los siglos XVI y XVII la Plaza Mayor era el lugar donde se celebraban grandes ceremonias religiosas, negocios, juegos, fiestas y, además, allí se encontraba el mercado de la ciudad. Era también el lugar donde los españoles y criollos de Lima hacían una notoria ostentación de lujo. Pero también los indios y mestizos desfilaban por la plaza en los días festivos efectuando los indios las fiestas del Inca. Esto indica que el acceso a la Plaza Mayor no estaba restringido, “pero se trataba de una interacción controlada”.

Con los Borbones los centros urbanos fueron sometidos a un drástico programa de ordenamiento, que intentó acabar con la multiplicidad de usos de los espacios urbanos. La Plaza Mayor, aunque siguió siendo mercado, ya no pudo dar lugar a las

representaciones indígenas, prohibiéndose incluso las corridas de toros. Esta desocupación de la Plaza continuó en la república y culminó en la década de 1860 con el proyecto de modernización de la nueva elite surgida del guano: la plaza fue liberada de estorbos, y remodelada. Así, la nueva élite recurrió a una serie de instrumentos destinados a recuperar su ciudad: se reinstaló la municipalidad (1857), se aprobó un Código Penal, y se creó la Gendarmería y la Compañía de seguridad pública. De esta manera, se dio el paso de la urbe militar a la urbe policial, la cual contaba con un contingente profesional que avanzaba en nombre del progreso y la razón. Los arquitectos, ingenieros y médicos se convirtieron en portavoces del saber de un mundo industrializado que, sin duda alguna, debía implantarse en la ciudad. Asimismo, la modernización también mostró la obsolescencia de la vieja muralla de la ciudad, cuyas funciones y simbolismos analiza el autor detenidamente en varias páginas. En la última parte del libro el autor explica de qué manera produjo la intervención de la élite en el espacio privado, debido a que la tugurización de la plebe trajo consigo un aumento de las epidemias y, consecuentemente, la organización de campañas sanitarias. Así, se intentó implantar una terapéutica urbana que sistemáticamente identificó la vivienda de los pobres como el origen de los males. Comenzaron entonces los traslados y las visitas domiciliarias. El horror que provocaban los chinos, por ejemplo, tuvo su corolario en la extirpación de los "antros del vicio", que corrió paralela a la intervención oficial en el espacio privado.

Lo dicho sobre el libro de Gabriel Ramón, por supuesto, no refleja todos los matices y juegos de color del texto. Se trata de una obra sustentada en una sólida base documental, y que motiva a la reflexión y al debate en torno a varios puntos que merecen ser discutidos como, por ejemplo, el concepto de plebe, el paso de la integración social –ya analizada por Jesús Cosamalón para el siglo XVIII– al abierto enfrentamiento que nos describe Ramón en el siglo XIX, ó si es pertinente la explicación de los fenómenos urbanos únicamente en función de las manipulaciones de los grupos dominantes sobre las clases

subalternas y viceversa. Así, este trabajo tiene todas las ventajas de un buen libro: nos ilustra una época con una sólida base documental, nos enseña cosas nuevas y nos lleva a plantearnos muchas interrogantes.

Margarita Suárez  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*